

Lo peor del mundo

Le habían dicho que no se hiciese buceadora, que se dedicara a la jurisprudencia; pero ella era una mujer de decisiones firmes, una mujer pura, calculadora, de génesis prematuro y ojos bien entornados; oponiéndose a los intereses de su adinerada familia, renegando de su destino, abandonó el hogar a los veinte y se pagó con el esfuerzo más sangrante sus estudios de biología; luego ya nada más cumplió sus sueños, yéndose de buzo a Puerto Aysén, tierra de lluvias inclementes, tierra peligrosa.

Pero esa nunca fue una buena idea...

El mar del sur es una enorme mandíbula sin tiempo, una fosa de engranajes bióticos que luce voraz una lengua de peces y colmillos de palafito. Y el mar no es amigo de los buzos, que lo atraviesan y lo hurguetean y roban sus preciados tesoros.

Ella recién se vino a percatar que no era buena idea cuando, distraída y danzante gota en la acuarela, sufrió el vejamen de la marea vengativa. En una noche de estrellas y tormenta fiera, soñando a ser una sirena entre los corales, le atacó una fuerte corriente que la dejó varada en una costa lejana. Se despertó mareada, con otra vida encima, un peso que cargaba en los huesos, en el rostro, maldito pesar sofocándole el aliento. Buscó refugio de la atroz lluvia sureña, a ratos cayendo en la arena a descansar sus pies descalzos, exhausta, vencida por el clima salvaje. En una de sus caídas se rasmilló el brazo izquierdo, haciéndose dos profundas heridas reacias a cicatrizar.

Buscaba en medio de la oscuridad, llorando a ratos presa de la desesperación y del desaliento, hasta que finalmente halló refugio donde una viuda, concluyendo aquella fría noche de junio... ojalá por siempre.

* * *

Al año siguiente fue que ella, de regreso a la capital y dedicada a la labor de laboratorio, comenzó a sufrir horribles dolores —de crueldad espasmódica— a la altura del regazo. Se trataba de espasmos gélidos, marabuntos, bifurcados en raíces agudas que semejaban gritos dentro del organismo. La mujer sufría a veces de convulsiones pesadillescas en la cama antes de conciliar el sueño, y en otras ocasiones de un irritante sudor alérgico en la entrepierna.

El médico no supo qué diablos diagnosticar. Tomó muestra de aquel sudor y determinó que era agua salada, agua de mar, lo cual por cierto no revelaba ninguna verdad, sino un misterio repulsivo. Ella intentó hacer memoria, buscando en su pasado, hasta que llegó a aquella noche en Puerto Aysén; no podía entenderlo, esa fue la última vez que estuvo en el mar, desde entonces el trauma le impidió volver. Luego un marabunto dolor de ecos caudalosos selló sus certidumbres, adentrándola en el infierno.

—*Hay que intervenirla*—determinó el cirujano.

Y esa misma noche fue ingresada de urgencias a un pabellón silencioso y fantasmal. Los dolores iban y venían como borborismos indomados, garras cítricas y burbujeantes que rasguñaban su vientre y su piel. Los doctores la acostaron boca arriba; hablaban entre ellos un lenguaje tecnócrata ilegible —aún más incomprendible por el bozal que cubría sus bocas—, examinándola de arriba a abajo con una cautela métrica

Lloviznaba, para peor aún no era invierno. La joven paciente se encontraba desesperada, todo le recordaba aquella noche fatal: la confusión, lo oscuro y el chubasco; el clima de ensueño que entraba por sus venas para adormecerla a través de una llaga de aguja, mientras por otra drenaba el suero. Dos llagas en el brazo izquierdo. Y presa del efecto soporífero de la anestesia, se creyó flotando como ánima junto a niños errabundos con gusanos en las tripas y viejas devoradas por el cáncer.

* * *

El vientre se movía, como si algo hubiere dentro con vida propia. Los médicos se sorprendieron, al parecer el escándalo de la muchacha se debía a un embarazo, a un vástago que albergaban sus entrañas. Decidieron realizar una cesárea fulminante.

Una fetidez agria se esparció por el pabellón cuando, a filo de bisturí, el cirujano perpetró el tajo preciso para extraer al feto. Debe de ser un bebé diminuto, pensaban, pese a los nueve meses de embarazo, el pequeño vientre no parece contener siquiera una criatura de cinco... Pero hace nueve meses la chica no estaba en los brazos de algún amante, claro que no; hace nueve meses era sacudida por los vaivenes marinos del sur, era raptada por las sombras y violada por un torbellino cónico de corrientes submarinas.

Y el vientre de la muchacha seguía moviéndose para todas partes, sacudido por una fuerza indómita que residía adentro; mientras, el médico trataba de vérselas con el mal olor. El alumbramiento tomaba cada vez características más grotescas.

Y no bien hubo faenado el médico el vientre cuando una sustancia oscura, causa del hedor dulzón y putrefacto, comenzó a emanar y salpicar toda la camilla; goteaba al suelo con su textura límpida, negra y densa cual tinta. Los cirujanos, completamente paralizados por el miedo, no se esperaban lo que venía: por aquella incisión abdominal

no tardó en abrirse camino un horroroso tentáculo marrón con grandes ventosas que se adherían pegajosas a la pelvis de la muchacha; luego otro, y otro, y otro más hasta que sumaron ocho brazos cefalópodos moviéndose viscosos en todas direcciones.

Las enfermeras huyeron despavoridas por los pasillos del nocturno hospital, mientras el cirujano se echaba hacia atrás asombrado, con los ojos gravemente entornados. El resto de los médicos estaban lo mismo, y uno de ellos cubría su rostro con una mano en ademán de ataque histérico, sin poderse contener los hipos y las náuseas. La otrora llovizna, ahora transformada en estruendosa lluvia, crepitaba sin cesar sobre el techo de la sala de operaciones. Había crisis. Había espanto. Hacía frío. Hacía mar. Y los tentáculos continuaban escurriéndose, pegajosos por la tinta molusca y el agua de mar que los envolvía. ¡Nacía! ¡Nacía! ¡Nacía y afuera relampagueaba! Un ojo. Gritos de mujer por los pasillos horrorizados. ¡Nacía! Luego otro. Y ¡tan!, ¡tan!, ¡tan!... lo peor del mundo.